

La utilización del recurso agua. Su reflejo en la mitología aborígen en el actual municipio de Báguano, Holguín, Cuba

Por: Racso Fernández Ortega, Dany Morales Valdés y Liamne Torres La Paz

RESUMEN

Se presenta un análisis que trata el aprovechamiento del recurso agua realizado por parte de los pobladores aborígenes que ocuparon el territorio donde actualmente se enmarca el municipio holguinero de Báguano. También se realiza un breve panorama de la disposición de los sitios de habitación en este entorno geográfico y su vinculación con las fuentes de abasto y los cursos naturales de agua para tratar de visualizar las posibilidades que estas le ofrecían para la comunicación y la supervivencia.

ABSTRACT

This paper involves an analysis on the use of water by the aboriginals who occupied the territory now framed by the municipality of Báguano, province of Holguín. A brief panorama on the location of habitation sites within this geographical environment and its link with water sources and natural water courses is also covered. This would contribute to understand the possibilities that water meant for communication and survival of this people.

Introducción

Con la formación de nuestro planeta hace aproximadamente unos cuatro mil millones de años, se abrían las posibilidades para el surgimiento de las primeras formas de vida, las que desde un inicio estuvieron relacionadas con la existencia de los insustituibles componentes químicos que permitieran las combinaciones necesarias para la formación del preciado líquido: el agua.

El tiempo ha transcurrido vertiginosamente a escala de la existencia humana, y así nos encontramos que las fuentes superficiales de agua se encuentran en franco agotamiento o contaminadas y, en el mejor de los casos, su extracción desde el subsuelo se realiza de manera totalmente manual por métodos muy precarios, mientras aparecen mercaderes sin escrúpulos que privatizan el acceso a este importante recurso y monopolizan su distribución para el consumo.

En esta convulsa situación, se impone una mirada retrospectiva a las sociedades originarias y al registro arqueológico para lograr entender sus comportamientos y la forma en que desde tiempos inmemoriales se relacionaron con este preciado recurso, considerando que muchas practicaban como actividad económica fundamental la agricultura y, por consiguiente, su uso, protección y obtención tuvieron un pleno correlato en la cosmogonía y mitología que regía su conducta social.

El estudio detenido de esa ancestral manera de interactuar con la biota, permitirá reconocer y aprehender la sapiencia de los pueblos aborígenes, para en alguna medida alcanzar niveles de desarrollo sustentable, que salven al planeta y a la especie humana en particular.

Caracterización geográfica

El área geográfica en que se enmarca el actual municipio de Báguano se localiza en el centro de la provincia de Holguín, limitando al noreste con el municipio de Gibara, al noroeste con Banes y Antilla, al este con Cueto, al sur con Urbano Noris y al oeste con el municipio cabecera

ra, Holguín. Es un territorio agrícola. La temperatura promedio de la provincia oscila entre los 24° y los 27° C; la media pluvial podríamos dividirla en dos, atendiendo a la topografía de los dos escenarios en que se desarrolla: para la llanura se comporta entre los 800 y 1 200 mm, mientras que en las montañas varía de los 1 600 y 2 000 mm en el área conocida como las Cuchillas del Toa, correspondiente al extremo que limita con la provincia de Guantánamo, donde se encuentran las mayores elevaciones de la región. Los vientos predominantes son del NE al E que soplan desde las áreas de altas presiones subtropicales del Océano Atlántico hacia el interior del territorio.

El ámbito arqueológico aborigen

Acerca del término Báguano

El espacio en que se ubica el conocido municipio de Báguano fue el escenario donde se desarrollaron múltiples y numerosos grupos humanos antes, durante y después de la llegada del colonizador europeo, como lo indican los diversos residuarios y yacimientos arqueológicos de variada magnitud localizados en más de noventa años de actividad investigativa.

La denominación de Báguano es, a todas luces, derivada de un vocablo aborigen de las comunidades agricultoras del tronco lingüístico arahuaco y tal vez la fuente cartográfica más lejana donde aparece este término nos la brinda el mapa de José María de la Torre (1841) que designa a una región o cacicazgo indígena con la denominación de Maguanos (*sic*), la que además coincide, más o menos, con la demarcación municipal contemporánea; esta división –según la Torre– se corresponde con los territorios de la isla antes de la ocupación de Diego Velázquez. Este mapa fue analizado posteriormente por el arqueólogo norteamericano Irving Rouse en su obra *Archaeology in the Maniabón Hills, Cuba* (1942), en la cual no le hace cambios sustanciales al área “maguanense”.¹

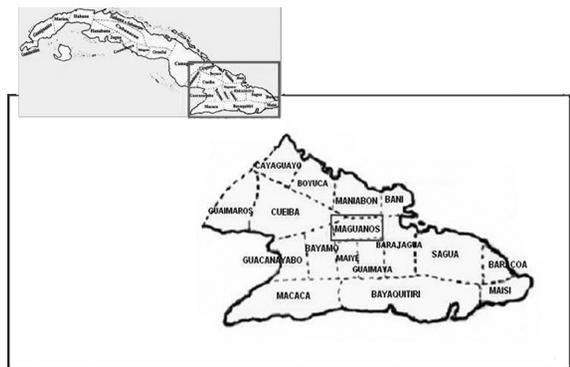
Por otra parte, reafirmando la consignación anterior, podemos observar cómo otros autores también mencionan el patronímico, remitiéndonos al mapa ya citado, como en el texto *Lexicografía antillana* del investigador Alfredo Zayas y Alfonso (1931), donde el autor se detiene para mencionar la situación en que se ha sustituido la “b” por la “m”, como en el caso que nos

ocupa, para lo que vamos a transcribir la aclaración aportada por el propio Alfredo Zayas al decir:

“Las voces Batabanó, Banagiüises, Baní y Bacuey, se han escrito Matamanó, Managiüises, Mani y Macuey, sin que podamos determinar la razón de tal modificación, que guarda analogía con la que por una parte del pueblo de Cuba se hace en las palabras Boniato y Moniato” (Zayas 1931: 68).

De esta manera opinamos, con un alto grado de certeza, que estamos en presencia de un suceso similar en relación con la caligrafía de la región de estudio. Toda vez que el territorio ya era conocido antes del inicio del proceso de colonización por un apelativo similar al actual, lo cual indica su denotado origen aborigen solo que –como ha ocurrido con otros topónimos– a lo largo del tiempo ha sufrido corrupción en su escritura y su transmisión oral, de manera tal que sin que podamos encontrarle otra explicación, el vocablo Maguanos fue transitando hacia el de Báguanos –como se denominó por largo tiempo– y, como si fuera poco, hace unos años el término se modificó, perdiendo la “s” final, en el actual Báguano.

Dando por certera la obra de La Torre (Moreira 2003: 153), tenemos que admitir que la zona que será motivo de nuestro estudio además será comparada con los sitios arqueológicos localizados en otras regiones o cacicazgos que aparecen nombrados, como Barajagua, Baní y Maniabón, y que rodeaban en ese orden, por el este y el norte, al de Báguano; llama la atención que estas denominaciones aún se conserven para designar a barrios, poblados y a algunas elevaciones del territorio.



Ubicación de supuestos cacicazgos en Cuba antes de la ocupación de Diego Velázquez, según José María de la Torre

¹ Nosotros analizamos el mapa que nos refiere Moreira, L. (2003: 153).

Los sitios aborígenes del municipio y sus evidencias arqueológicas

La región de Holguín, por su riqueza y diversidad arqueológica, ha sido motivo de numerosos estudios e investigaciones, las que se iniciaron en la tercera década de la pasada centuria con las labores del doctor García Fera, las que más tarde se continuaron por otros destacados especialistas nacionales como José A. García Castañeda, Felipe Martínez Arango y José M. Guarch Delmonte, y foráneos como Irvin Rouse y Janus Kozlowski, por solo mencionar algunos.

Recientemente, la región holguinera fue dividida en cinco zonas arqueológicas (Jardines y Guarch, 1996), atendiendo a la analogía de las características de los yacimientos y en concordancia con el contexto físico-geográfico específico que los rodea; de modo que nuestro estudio estará relacionado con la región enmarcada al sur de la llanura costera norte, que abarca el sur de la ciudad de Holguín y el territorio sureste de esta hasta las elevaciones del municipio de Cueto. Según el *Censo arqueológico de Cuba* existen en este sector 15 sitios, todos de tradición agricultora (fig. 2). El territorio es de premontaña, donde fluyen numerosos arroyos, caracterizado por elevaciones de poco porte (que oscilan entre 100 y 200 m), teniendo en consideración las alturas de la cercana Sierra de Nipe.

Los pobladores originarios del período de neolitización se ubicaron en nuestro archipiélago tanto en zonas bajas como elevadas, siempre que se contara con los recursos hídricos indispensables para la vida y las necesarias labores agrícolas, actividad económica fundamental para la manutención de la comunidad, condición que cumple la región de Báguano en donde se ubican importantes residuarios arqueológicos entre los que se han localizado sitios de habitación, paraderos y ceremoniales.

Es así que las colectividades aborígenes que dominaron el territorio de la extensa llanura ondulada de la región, motivo de estudio, se establecieron en las áreas montañosas y particularmente en los ámbitos próximos al curso de los ríos o donde vertían sus aguas múltiples manantiales que fertilizaban ex-

traordinariamente los suelos de manera permanente o estacional.

Los yacimientos aborígenes se localizan sobre colinas con alturas que oscilan entre las cotas de los 190 y los 20 m sobre el nivel del mar, con una altura promedio de más de 60 m, permitiéndoles una perfecta comunicación visual entre muchos de los asentamientos como entre las Lomas Los Mates² (190 m.s.n.m) y Salazar, distantes dos kilómetros entre sí; o entre las lomas Ochile (160 m.s.n.m) y El Yayal, La Macagua, El Pesquero y Los Mates, el más distante, a diez kilómetros. Esta particularidad en la cuidadosa selección de los espacios de habitación, nos indica que se realizaba tomando en cuenta la posición estratégica que ocupaban estos cerros, no solo para dominar el campo visual de los territorios vecinos, sino, posiblemente, para recibir las refrescantes brisas marinas durante las noches de verano y en alguna medida protegerse de las molestas plagas de insectos.

Otro elemento imprescindible para la selección de esta área lo constituyeron innegablemente los cursos de agua permanente o estacional, como sucede con el antiguo río San Jerónimo, hoy Tacajó, que fluye entre las colinas donde se ubica por un lado el sitio Loma de los Mates y los yacimientos Loma de Salazar I y II³ por el otro, pues era una importante vía para las comunicaciones que se establecían hacia el mar y la desembocadura del río a veintisiete kilómetros; considerando que en la actualidad este sirve de tránsito a embarcaciones de mediano tamaño por unos ocho kilómetros, hasta bien entrado el territorio. Algo similar lo encontramos en el Alcalá, bañado por las frescas aguas del río del mismo nombre, así como La Macagua y el Pesquero, cercanos al río Camazán. Otros yacimientos detectados son: La Jagua, cerca del cauce del río Gibara y los denominados como Manantialitos y Bijarú, que se hallan en los contornos de abundantes manantiales y pozos.

Como se ha podido comprobar, este fue uno de los patrones empleados para la ubicación de los campamentos permanentes de los grupos agricultores que poblaron la región extendida más allá de los límites actuales del municipio Báguano, pues una situación

² En la literatura se referencia indistintamente El Mate, Loma del Mate o Loma de Los Mates. Hemos decidido nombrarlo de esta última manera pues es la forma más utilizada en la literatura reciente y, además, de ese modo está registrada en el *Censo arqueológico aborígen nacional*. Existe otro sitio denominado El Mate, localizado en el propio municipio de Holguín, pero en él solo aparecieron pocas evidencias superficiales y no ha sido excavado arqueológicamente (Pino, com. pers., 2011).

³ Respecto a Loma de Salazar, se puede encontrar reportado de esta manera o como Loma de Salazar I y II, y pocas veces aparecen referenciados como sitios independientes.

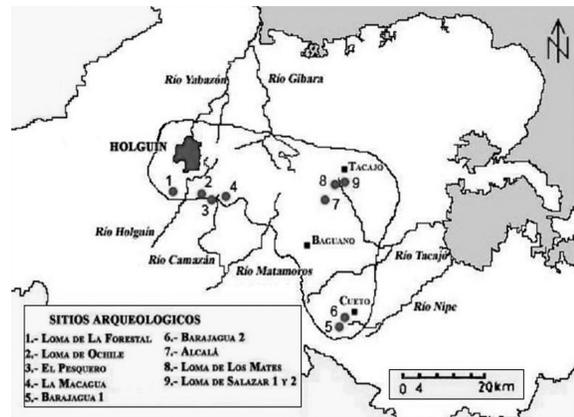
semejante se produce en los sitios Loma de la Forestal y Loma de Ochile, que se encuentran ubicados en un radio de veinte kilómetros de la cabecera municipal y también están emplazados en cerros que alcanzan entre los 100 y 140 m de altitud y son beneficiados por las aguas de los ríos Camazán y Holguín respectivamente; no cabe dudas de que la selección del área de ocupación en relación con la presencia del recurso agua permanente o estacional, era de suma importancia pues aparece presente en varios residuarios del territorio holguinero, como en Loma de Baní, Varela 3 y Bruno que además de ubicarse en elevaciones de entre 50 y 30 m.s.n.m, se encuentran cercanos al río Banes, por solo mencionar algunos.

Portadores de una indiscutible tradición marinera, los aborígenes se valieron constantemente de los ríos como principal vía de comunicación entre los distintos asentamientos, al mismo tiempo que les facilitaba el tránsito hacia los recursos marinos—desde algunos sitios algo distantes—; mediante ellos procedían a la apropiación y aprovechamiento de los recursos necesarios para la subsistencia que habitaban en el ecosistema de manglar en la desembocadura de las cuencas fluviales y en las que rodeaba a los bosques de galería hacia el interior del territorio.

Los agricultores que poblaron esta área demostraron conocer las condiciones climáticas de la zona de asentamiento y cómo combinar convenientemente su actividad económica fundamental con la caza, la pesca y la recolección según las particularidades locales y las relaciones establecidas con otros establecimientos humanos más cercanos, lo que les permitía realizar algún tipo de trueque de los excedentes para diversificar la alimentación y satisfacer las necesidades colectivas, como veremos más adelante, en relación con unas piezas cerámicas muy particulares.

Los sitios Alcalá y las lomas La Forestal, Ochile, Los Mates y Salazar I y II, ya mencionados, son considerados de tierra adentro pues distan del mar entre los veinticinco y sesenta kilómetros; donde, por ser los más sobresalientes, se han practicado excavaciones arqueológicas con el objetivo de poder reconstruir los hábitos, costumbres y modos de producción de sus habitantes.

El sitio de La Loma de Los Mates ha sido identificado como el designado para establecer un campamento permanente para toda la comunidad en el medio boscoso de esta región, como pudo haber también suce-



Zona arqueológica donde se ubican algunos sitios del municipio de Báguano y sus alrededores (modificado de Jardines y Guarch, 1996)

dido con el sitio de la Loma de Ochile—a escasos seis kilómetros de la ciudad de Holguín—, residuarios que quedaron enmarcados en una zona particular por las características y analogías de su industria artefactual.

Los complejos diseños del material cerámico, así como las evidencias colectadas en ambos sitios, no se parecen a ninguna de las seriaciones de los yacimientos circundantes instalados en forma de paraderos y/o talleres en un radio de varios kilómetros (Castellanos y Pino, 1986), y son un elocuente exponente del grado de desarrollo social alcanzado como consecuencia del relativo adelanto de las fuerzas productivas o de las relaciones de intercambio con grupos de la zona más al noreste. Al mismo tiempo, la iconografía representada en la cerámica recuperada en todos los yacimientos los relaciona directamente a todos entre sí, por mantener una tradición en el modelo y confección de determinados atributos de los personajes mitológicos, como abordaremos oportunamente.

Las actividades de subsistencia y el recurso agua

Como hemos apuntado, la distancia desde los sitios hacia la costa es como promedio de veintisiete kilómetros, lo cual condicionó en alguna medida la explotación correspondiente a *“extensos bosques poseedores de una notable variedad de plantas productoras de frutos silvestres comestibles, además de una rica fauna de vertebrados que habita en ellos”* (Castellanos y Pino, 1986: 284); especies todas cuya existencia se veía favorecida por

la abundancia de los cursos superficiales de agua permanente o estacional, que propiciaba la regeneración anual de los bosques, creando un espacio paradisíaco para la reproducción debido a la protección que representaba para la fauna el vasto follaje de los bosques de selva tropical húmeda, muy abundante durante una buena etapa de ese período histórico.

De la misma manera, los aborígenes explotaron la fauna propia de las corrientes fluviales de la comarca, como se aprecia en los sitios Alcalá, Loma de Los Mates y Loma de la Forestal (Castellanos, 1991 a y Juan Guarch, com. pers., 2011), así los restos dietarios de peces fluviales están presentes, aunque de manera exigua, teniendo en cuenta que son muy difíciles de recuperar en el tiempo por las características propias de este material óseo (Castellanos y Pino, 1986: 280).

Las evidencias arqueológicas materiales más relevantes e indicativas de la actividad pesquera son indudablemente los conocidos sumergidores de redes que se han hallado en los sitios Alcalá y en las lomas Los Mates, la Forestal y en la de Ochile, entre otras, (García, 1939 y 1940, y Castellanos y Pino, 1986). El hallazgo de una aguja de coser elaborada con una espina de pescado nos está indicando el máximo aprovechamiento de los recursos obtenidos al fabricar un útil utensilio con los restos de una presa y las habilidades

marineras alcanzadas para la ejecución de actividades pesqueras en aguas relativamente profundas (fig. 3).

No sería muy arriesgado inferir que estos artefactos fueron empleados entre las artes de pesca manipuladas en los ríos que bañan las tierras próximas a estas localidades arqueológicas, pues sus pequeñas o medianas dimensiones los convierten en fuertes candidatos para la pesca en remansos fluviales, esteros y en las costas bajas del litoral (Morales *et al.*, 2011).

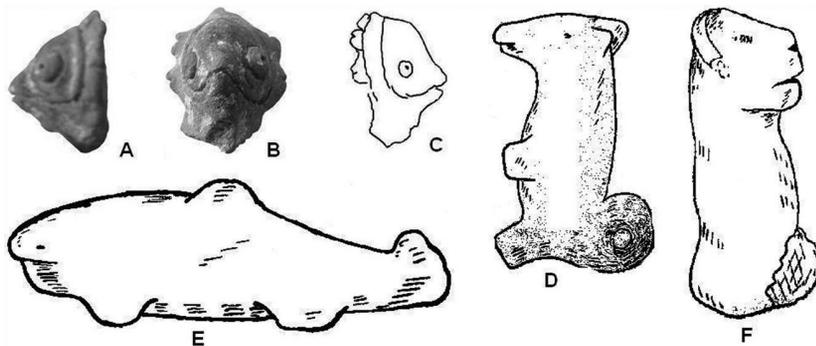
Como también lo indican los propios residuarios, también los aborígenes supieron aprovechar los recursos costeros, fundamentalmente moluscos marinos, los que fueron localizados con frecuencia durante las excavaciones arqueológicas, además de reptiles cuyo hábitat es abiertamente costero.

Llama la atención las variadas decoraciones cerámicas con imágenes zoomorfas, ya sea formando parte de las asas de las vasijas o como sencillos idolillos de cerámica en las que se empleó tanto la técnica del modelado como la incisión (fig. 4).

La trascendencia de estas imágenes puede estar dada por el valor otorgado a las actividades relacionadas con la caza y la pesca y, en alguna medida de forma indirecta, con la ausencia aunque fuese temporal del recurso agua para estas poblaciones, pues su ausencia provocaba la migración y desaparición de



Evidencias de actividades alimentarias relacionadas con el agua. **A.** Sumergidores de red, sitio Loma de Los Mates. **B.** Aguja de espina de pescado, sitio Loma de Salazar



Representación de un pez en un asa de vasija de cerámica, Museo Municipal de Báguano. **A.** Vista lateral. **B.** Vista frontal. **C.** Dibujo en vista lateral. **D.** Pieza con forma de pez. **E** y **F.** Piezas zoomorfas, las tres de barro, del sitio Loma de Ochile (García, 1939: 51)

estas especies, limitándose así la única vía para complementar y balancear su dieta con proteína animal.

De la misma manera, de seguro estas labores vinculadas a la pervivencia del grupo presentaban un marcado correlato en las ceremonias mágico-religiosas propiciatorias de cada una de ellas, lo que puede estar indicado por la abundancia de idolillos y modelados cerámicos zoomórficos, a lo que también se sumaría la aparente situación de crisis hídrica, aunque fuese temporal, que intentaremos explicar más adelante.

La presencia del agua en las concepciones mítico-religiosas

En las últimas décadas no han sido pocas las tentativas por tratar de analizar o interpretar la función, como norma cultural, reflejada en la ejecución de los diseños en un contexto sociocultural específico. A estos intentos por apreciar cómo determinados símbolos e imágenes nos transmiten diversos mensajes que hoy escapan a nuestra comprensión, no han estado ajenas las representaciones incisa o modeladas ejecutadas en los más disímiles materiales de la cacharrería aborígen y el dibujo rupestre (García, 1989; Fernández y González, 2001 a y Fernández *et al.*, 2009 a).

Como durante la conquista del territorio cubano ninguna de las diversas fuentes de las crónicas hispanas hicieron alusión directa a las creencias mítico-religiosas de los grupos asentados en nuestro archipiélago, salvo La Casas (1912), que en su *Historia de las Indias* en ocasiones repite lo ya expresado por el fraile ermitaño de la orden de San Jerónimo, Ramón Pané,⁴ sobre lo que escuchó de los aborígenes de La Española. En la generalidad de las investigaciones, los estudiosos asumen la similitud de creencias entre las poblaciones de las islas que componen las Antillas Mayores, al considerar que la movilidad entre ellas les permitía mantener las relaciones de parentesco y las tradiciones culturales y religiosas, aun cuando se operaran diversas modificaciones motivadas por la dispersión y la adaptación a los nuevos nichos ecológicos.

Articulando pacientemente los pasajes mitológicos narrados en estas obras y las evidencias arqueológicas recuperadas en más de una centuria de labor ininterrumpida, hemos logrado establecer una idea

bastante aproximada de la cosmovisión y las concepciones ideológicas profesadas por los aborígenes en Las Antillas. De ese modo, se plantea que las principales actividades ceremoniales de las sociedades aborígenes agricultoras estuvieron vinculadas a la presencia de las lluvias, la fertilidad de las huertas y su producción, los ciclos reproductivos de la flora y de la fauna, y la reproducción social en su conjunto.

Un análisis detallado de la mitología y de las referencias de las Crónicas de Indias respecto a los hábitos y costumbres de estas poblaciones, nos revela que las actividades de su conducta social estaban regidas por los rituales y las ceremonias, con un coherente panteón de *cemíes* que profesaban papeles y jerarquías muy bien diferenciadas, los cuales han podido ser reconocidos –o al menos los símbolos alusivos a ellos– en algunas imágenes creadas en objetos superestructurales de cerámica, concha, madera y hueso, o en pictografías y petroglifos (Ortiz, 1947 a y 1947 b; García, 1989; Jiménez, 1981; Fernández y González, 2001 a; Fernández y Cuza, 2010).

Según el criterio de algunos autores, los grupos que habitaron nuestro país practicaban un sistema de magia por simpatía y de contagio por medio de acciones ritualizadas, que les permitía la manipulación de las divinidades por intermedio sus símbolos, y a través de ellos se les “concedía” dominar o conducir los designios de la naturaleza. Por ello, las ilustraciones cerámicas y la iconografía aborígen, en general, más que simples decoraciones estéticas, representaban todo un complejo sistema de evocación simbólica, que perpetuaba continuamente a los *númenes* representados y hacía de su presencia un acto de permanente recordación (Fernández y González, 2001 b y 2003).

Boinayel, el procurador de las lluvias

Aun cuando abundan las deidades que pretenden explicar el comportamiento de la naturaleza en la mitología aborígen antillana, como lo refleja la amplia profusión de sus representaciones en la iconografía, se le atribuyó un especial significado a Boinayel, la deidad asociada a las precipitaciones según nos lo relatara Pané:

“Y en dicha cueva había dos cemíes, hechos de piedras, pequeños, del tamaño de medio brazo, con las manos atadas,

⁴ El fraile Ramón Pané escribió, por encargo del almirante Cristóbal Colón, el informe que denominó *Relación acerca de las antigüedades de los indios*.

y parecía que sudaban, los cuales cemíes estimaban mucho; y cuando no llovía dicen que entraban allí a visitarlos y en seguida llovía. Y de dichos cemíes, al uno le llamaban Boinayel y al otro Márohu" (Arrom, 1990: 70).

Muy poco se conoce acerca del personaje Boinayel, deidad masculina por ser el productor de los aguaceros bienhechores tan necesarios para la eliminación de las malignas plagas y el crecimiento adecuado de las plantas. José Juan Arrom al analizar la etimología del vocablo Boinayel, establece su significado argumentando que corresponde a Boina, la serpiente parda o las nubes cargadas de agua, y la partícula *yel-ii-el-*, "el hijo de", en alusión directa a su función en el panteón de las deidades agricultoras como dios de las lluvias (Arrom, 1990).

Sin embargo, compartimos la opinión ya expresada por uno de los autores de este trabajo, respecto a que para el sufijo *el*, y la partícula *yel-ii-el-*, puede también asumirse otra traducción, como indicadora o ejecutora de una acción, y en particular relacionada con el verbo "llorar", donde la partícula sea asumida como "el llorador de lluvias o el llora lluvias" y no como "el hijo de" (Fernández y Cuza, 2010); acepción que denota su responsabilidad en el cumplimiento de la función social que le corresponde en el interior del mundo cosmogónico arauaco.

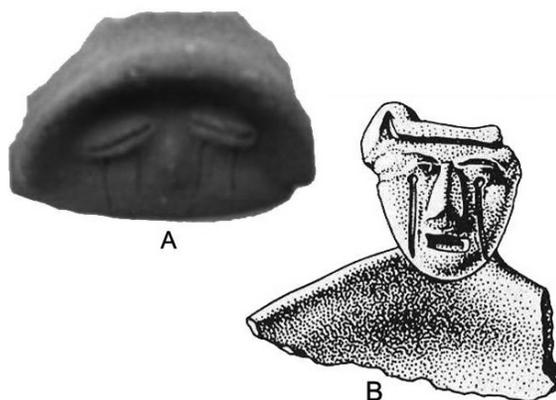
Este ente productor de las precipitaciones se refleja en la plástica aborígen con imágenes lacrimosas que los arqueólogos han denominado como *llora-lluvias*, siguiendo el término instituido por don Fernando Ortiz en 1947 (Ortiz, 1947 a; Jiménez, 1981; Fernández y González, 2001 a).

La lluvia tuvo una inapreciable trascendencia para nuestros primeros habitantes pues las precipitaciones son asociadas a la fecundidad y a la fertilidad de los campos, lo que le concede un extraordinario valor a este numen, toda vez que el incipiente sistema de agricultura por ellos practicado dependía enteramente de este natural fenómeno que se produce en el país durante la temporada que va desde el mes de mayo hasta finales de octubre. No por casualidad las imágenes de este ser mitológico llegaron a ser tan comunes en las vasijas utilitarias y ceremoniales, sus acciones formaban parte de la vida cotidiana y aun cuando su

presencia no fuera reclamada a cada instante, se hacía necesario venerarlo y reverenciarlo de manera que el numen supiese el respeto y la admiración que invocaban sus símbolos, según quedaba establecido por las normas que regían la conducta social de estos grupos.

Nos llama fuertemente la atención el hecho particular de que en una zona como el territorio baguayense y más allá de sus fronteras actuales —impuestas arbitrariamente por el hombre moderno—, donde son tan abundantes los cursos superficiales de agua, hallan aparecido con relativa frecuencia tiosos de cerámica que expresan un denotado culto de estas comunidades agricultoras no solo hacia Boinayel, sino a otras deidades relacionadas directa o indirectamente con este recurso vital.

Los ejemplos más elocuentes corresponden a los sitios Loma de Los Mates y San Jerónimo,⁵ donde aparecieron fragmentos de vasijas con diseños incisos y modelados que representan al mítico personaje con la particularidad de que los ojos muestran una variante local del típico diseño conocido en la arqueología antillana con la denominación de *grano de café*; aun cuando la procedencia de las piezas es diferente, la tradición del modelado de los ojos es la misma, lo que denota la posible relación existente entre ambos sitios; la nariz en ambos ejemplares aparece apenas emergida sobre el perfil, como podemos apreciar en otros modelos antropomorfos (fig. 5).



La representación del llora-lluvias o Boinayel.
A. Sitio San Jerónimo. B. Loma de Los Mates (Vera, 1978: 254)

⁵ Este sitio no ha sido estudiado arqueológicamente, conocemos de su existencia por su descubridor —dueño de una finca perteneciente a la CPA 26 de Julio, en el barrio San Jerónimo del Consejo Popular Tacajó—, quien se acercó a miembros de un equipo de investigaciones del Instituto Cubano de Antropología, que en octubre de 2010 realizaba estudios en el municipio, los que recogieron la información básica al respecto. Por esta razón denominaremos la localidad aborígen por el nombre de la barriada.

El episodio de los niños mutantes

Si seguimos revisando la iconografía representada en los distintos tiosos de cerámica recuperados en el ámbito del municipio que nos ocupa y sus alrededores, encontramos a otros personajes asociados directamente con el tema que nos ocupa. Tal es el pasaje mitológico que recuerda cómo los niños fueron transformados en ranas:

“Guayona partió con todas las mujeres, y anduvo buscando otros países, y llegó a Matinino, donde muy luego dejó a las mujeres (...) y habían dejado los niños pequeños junto a un arroyo. Después cuando el hambre comenzó a molestarles, dícese que lloraban y llamaban a sus madres que se habían ido; y los padres no podían dar remedio a los hijos, que llamaban con hambre a las madres diciendo “mama” para hablar, pero verdaderamente para pedir la teta. Y llorando así, y pidiendo teta, diciendo “too” “too”, como quien pide una cosa con gran deseo y muy seguido, fueron transformados en animalitos, a modo de ranas, que se llaman tona, por la petición que hacían de la teta; y de esta manera quedaron todos los hombres sin mujeres” (Arrom, 1990: 26).

José J. Arrom percibe en este pasaje mítico una innegable alusión directa a las relaciones consanguíneas de los linajes ancestrales de estas poblaciones, que producían padecimientos biológicos en la descendencia y que, en el contexto del mito, la transformación que se produce de niños a ranas termina con las uniones incestuosas (Arrom, 1975). Para otros, la mutación de los infantes constituye el fin de la última descendencia o generación nacida de las uniones incestuosas y termina con los padecimientos congénitos que ocurren como consecuencia de la reproducción entre castas inmediatas, por lo que a partir de ese instante se inician las relaciones exogámicas (Fernández *et al.*, 2009 a).

En la visión del mundo y en la psicología aborigen, el hombre permanece en constante armonía con la naturaleza bajo el principio de una relación sustentable, en la cual el sol –que en ocasiones aparece como la deidad suprema– sanciona a los que infringen las reglas de la conducta social, imponiéndoles castigos que benefician al resto de los mortales, como lo fue la creación de los animales, las plantas, los minerales, y en este caso particular, las ranas (los voceros) para reconocer que el clima es propicio para la siembra y las labores productivas con la llegada de las lluvias benefactoras de los cultivos y la vida en general.

Sin embargo, aun cuando no se observa en este relato una aproximación directa y manifiesta a la agricultura, también es posible reconocer una velada relación a las prácticas agrícolas, expresada metafóricamente a través del reclamo de las lluvias por su trascendencia –en función de las necesidades alimentarias de estas comunidades–, al mismo tiempo que se establece, de alguna manera, un estrecho vínculo entre la división del trabajo por género, relacionado con el tipo de labor y el ciclo anual del proceso agrícola. A continuación intentaremos establecer un modelo que simplifique y estructure el desarrollo y la evolución del problema planteado, de manera tal que podamos organizar la relación a través de la fórmula problema-solución (fig. 6) (Morales *et al.*, 2011).

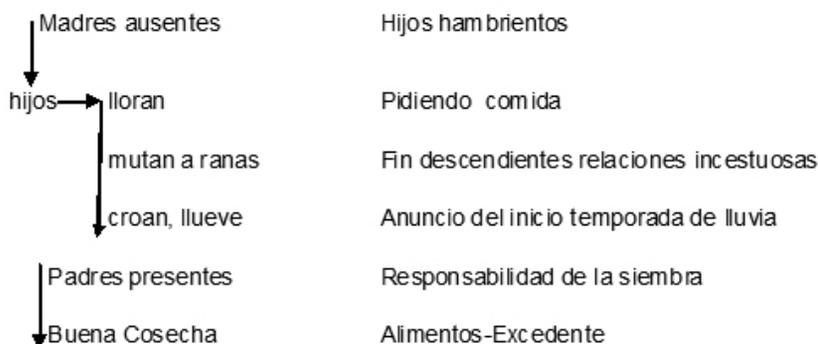
El modelo propuesto reproduce esquemáticamente nuestro juicio sobre la vinculación del mito con la satisfacción de las necesidades alimentarias en estrecho vínculo con la división del trabajo por género, relacionada con el tipo de labor y el ciclo anual del proceso agrícola.

En este sentido, no debemos olvidar que la principal razón para la algarabía de los infantes es el hambre producida por la falta de alimentos, y precisamente su conversión en ranas, más que un castigo destructivo por ser las víctimas de las relaciones incestuosas, los convierte en heraldos de la temporada lluviosa, del período propicio para iniciar las faenas agrícolas de siembra, actividad realizada exclusivamente por los hombres –no es por gusto que los padres permanecen presentes durante todo el suceso–, que desempeñaban el papel primordial al horadar con la “coa” los fértiles campos para depositar en cada orificio las semillas, proceso que es asumido simbólicamente como la acción de introducir el pene en el vientre de la madre tierra –a Itiba Cahubaba, la gran paridora–, para así fecundarla.

Ya en la década del treinta de la pasada centuria, el destacado investigador de los procesos culturales que conformaron la nacionalidad cubana, don Fernando Ortiz Fernández, en su libro *La Virgen de la Caridad del Cobre. Historia y etnografía*, que permaneciera inédito hasta 2008, cuando fuera publicado por la Fundación Fernando Ortiz, gracias a la compilación del doctor José Matos Arévalo, expresaba en relación con los procesos agrícolas:

“En este nivel de cultura, del cultivo por azada estaban los táinos cubanos, cuando la conquista castellana. Aun

Necesidades alimentarias insatisfechas



Modelo que reproduce esquemáticamente la vinculación del mito de los niños mutantes con la satisfacción de las necesidades alimentarias y la división del trabajo por género.

Necesidades alimentarias resueltas

puede decirse que el cultivo por azada hallábase en su fase inicial, o sea, cuando la azada aún no había sido perfeccionada por la adición de una pieza excavadora a la extremidad del mango, o sea, cuando el instrumento sembrador es un simple palo, que en Cuba decimos coa (...) la azada excava pero la coa entierra. La coa es el primer instrumento agrícola, es instrumento de fácil tropología fálica. Con la coa penetrando en la tierra y abriendo el hoyo donde se depositará la semilla, la siembra es una reproducción del acto sexual” (Ortiz, 2008: 260).

El primero en referir que los hombres se ocupaban de esta actividad laboral fue el Almirante de la Mar Océana, Cristóbal Colón, quien apuntó el día 30 de noviembre de 1492 en su diario: “Vieron cuatro macebos que estaban cavando en sus heredades, así como vieron los cristianos dieron á huir” (Colón, 1961: 111), ya para ese entonces, Colón debía estar relativamente cerca de Baracoa, pues entre los días 27 de octubre y el 10 de noviembre había navegado por las bahías de Bariay y Gibara, localidades relativamente cercanas al área objeto de estudio.

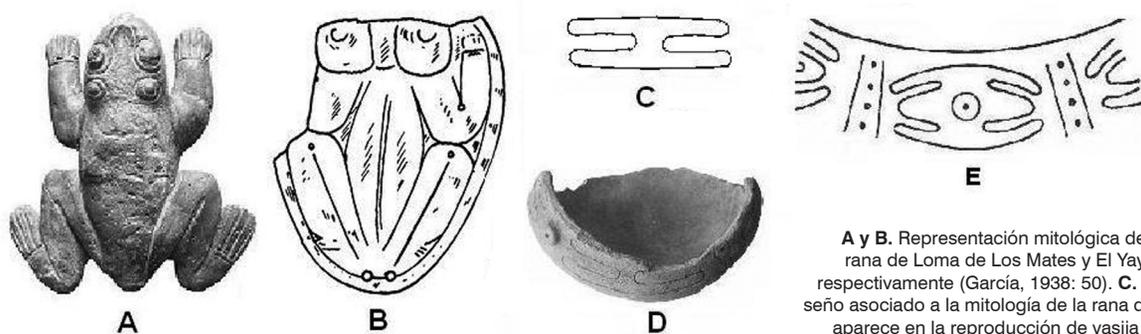
Para los aborígenes –excelentes observadores y conocedores de los recursos de la naturaleza y de las relaciones inherentes a ella– sería evidente la conexión entre el tiempo lluvioso, el período de siembra óptima y la época reproductiva de los batracios, pues el canturreo de las ranas denuncia la proximidad de la temporada de lluvia y la acción bienhechora de los aguaceros en los sembrados.

Por el alcance y significación de este mito –al igual que ocurre con la deidad Boinayel– las ranas han sido profusamente representadas en las vasijas de cerámica

ca, objetos de concha y de piedra en la región geográfica que nos ocupa y sus diseños no siempre fueron transmisores directos y explícitos del pasaje mítico al cual hemos hecho referencia. Curiosamente, sus diseños son en ocasiones tan simplificados que el observador poco conocedor sería incapaz de identificarlos pues en las imágenes “puede verse la duplicación de las extremidades de la rana y es evidente que no hace falta plasmar la cabeza o el cuerpo del animal, el simple motivo basta para transmitir el mensaje mitológico” (Godo y Celaya, 1989: 158). Es así que en ocasiones la narración queda oculta tras los símbolos, solo identificables para los entendidos que de manera consensuada eligieron el motivo idóneo para representar al personaje y la sabiduría que esconden los hechos con él relacionados.

En el sitio Loma de Los Mates se ha encontrado un objeto de insuperable valor arqueológico, se trata de una hermosa pieza de cerámica volumétrica de proyección compleja (Valcárcel, 2000) que detalla con exactitud y acabado extraordinario a una rana (fig. 7A). También durante las exploraciones del yacimiento El Yayal, en 1938, fue localizado un ejemplar que muestra la figura de un anfibio en la posición que lo caracteriza, realizado por incisión en concha (fig. 7B) (García, 1938).

En el sitio Loma de Los Mates igualmente fueron recuperados los fragmentos de una vasija de mediano tamaño, con una ornamentación que combina diseños incisos y al relieve; la figura incisa representa de manera esquemática a la rana, y las características extremidades del batracio son percibidas sin dificultad como sucede con otras decoraciones cerámicas alusivas (Jiménez, 1981; Godo y Celaya, 1989) (fig. 7C).



A y B. Representación mitológica de la rana de Loma de Los Mates y El Yajal, respectivamente (García, 1938: 50). **C.** Diseño asociado a la mitología de la rana que aparece en la reproducción de vasija de cerámica. **D.** Vasija de Loma de Los Mates. **E.** Representación mitológica de la rana en vasija de cerámica de Loma de Ochile (García, 1939: 53)

Llama la atención el elemento que sobresale y ocupa las secciones intermedias entre los diseños ya descritos, y que conocedores del pasaje y de los personajes involucrados pueden relacionarlo sin aprieto con el pezón de una mama (fig. 7D); por tanto, consideramos que este elemento en la vasija es el símbolo que pudiera expresar el seno prohibido a los infantes hambrientos.

De la misma manera, la prolífera imaginación del hacedor aborigen logró representar los elementos antes descritos por medio de la incisión en un fragmento de cerámica recuperado en la Loma de Ochile (García, 1939: 53). En este diseño se indicó, como en el anterior, el símbolo que identifica a la rana, y en sustitución del saliente pezón de la mama, un pequeño círculo con un punto concéntrico fue utilizado por el alfarero para decorar la vasija (fig. 7E). Obsérvese cómo el hacedor logró perpetuar para la eternidad los mensajes intrínsecos que jamás debían ser olvidados por el pueblo arauaco. Narrar y transmitir un mensaje tan trascendente en la misma pieza, entrelazando los elementos que forman parte esencial de la mitología imbricados entre sí: la imposibilidad de las madres incestuosas de alimentar a sus criaturas y la transformación de estas en ranas, procesos que como ya explicamos tiene una lectura velada que se relaciona con las lluvias y la agricultura.

Las muñequinas o figurinas

La presencia en este mismo municipio y sus alrededores—hasta alcanzar un radio de cuarenta kilómetros

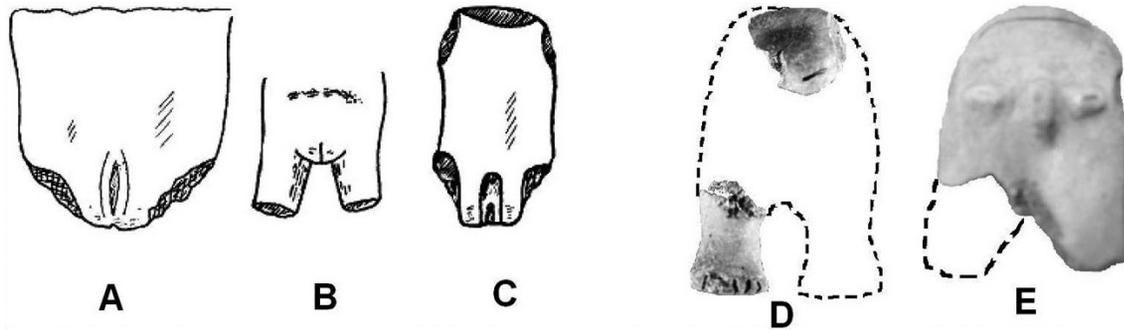
los sitios menos distantes— de varias figurillas femeninas asociadas con cultos a la fecundidad y a ritos agrarios (Dacal, 1972 y Gutiérrez *et al.*, 2009), como se aprecia en los residuarios Barajagua I y II y las lomas La Macagua, El Pesquero, Los Mates (Valcárcel, 2003), así como los sitios San Jerónimo y Loma de Ochile, apoyan la relación de los llora-lluvias y las ranas con la evocación o la imploración de las precipitaciones como líquido vital para lograr una buena cosecha.

Fuera de la zona de estudio también son numerosos los hallazgos de figuras femeninas, como apunta el arqueólogo norteamericano Irving Rouse, quien comenta que en la colección de la señora Dulce Baisi Facci existía un ídolo hembra, “muñequita”, procedente del sitio El Mango,⁶ y seguidamente expresa “que fueron donadas las cabezas de otros dos ídolos, al Museo Peabody de Yale” (Rouse, 1942: 69).

Llama la atención la relativamente alta concentración de este tipo de ídolo o deidad, íntimamente vinculada con la fertilidad humana y vegetal, y que muchos autores han intentado relacionar con algunos de los númenes del panteón mitológico arauaco como Atabeira—relacionada con las aguas mansas y las mareas—o Itiba Cahubaba—relacionada con los partos, el embarazo y la multiplicidad de los seres— pero que se han asumido en relación directa con la maternidad (Coscolluela y Coscolluela, 1947: 39; Guarch y Querejeta, 1992: 28).

El hecho de que hasta la fecha se hayan contabilizado en la región baguanense y sus alrededores cercanos un total de 12 ejemplares—lo que prácticamente

⁶ Suponemos se encuentre en el Museo Antropológico Montane, pues por gestiones del doctor García Robiou se compró esta colección en 1941.



Figurinas de cerámica asociadas a los cultos agrarios localizadas en los sitios arqueológicos. **A, B, C.** Loma de Ochile (García, 1939: 50). **D.** Loma de Los Mates (Castellanos y Pino, 1986) y **E.** San Jerónimo

equivale a la presencia de 2 figurinas por sitio— de este ser mitológico, lo que indica su probable relevancia y el papel por él asumido ante las sociedades agrícolas que la poblaron, aun sin que conozcamos a ciencia cierta su real identidad y función social. De la misma manera sucede con las representaciones zoomorfas halladas, las que, aun en menor cuantía, son indicativas de un profundo e imperioso ceremonial relacionado, posiblemente, con un período de precariedad o crisis que obligó a esta población a buscar amparo en sus específicos númenes.

De todo lo analizado se desprende que las relaciones que establecen las deidades vinculadas con las lluvias —*llora lluvias y rana*—, con la fecundidad humana, animal y la fertilidad de la tierra —*muñequinas, figurinas*— abren un espacio a la investigación para la comprensión de los procesos ideológicos de las comunidades precolumbinas del área (fig. 8); de la misma forma en que aceptamos que los diseños del llorador de lluvias y la rana tuvieron posibles funciones propiciatorias o mágicas vinculadas con la necesidad de incrementar los niveles de los chubascos, entonces podemos asegurar que de alguna manera fue probable su escasez, o que sintieran preocupación por la posibilidad de que no se sucediesen las precipitaciones —al menos eventualmente— durante el período en que ocuparon esta zona geográfica bañada por numerosos cursos superficiales de agua y abundantes pozos naturales.

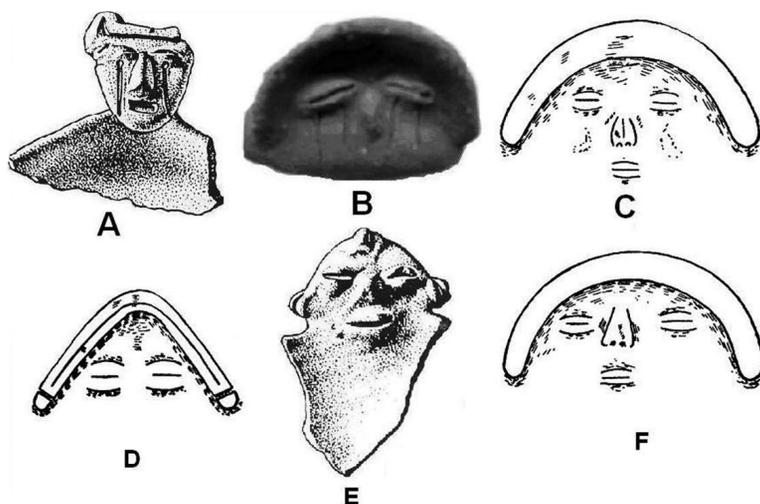
Relaciones arqueológicas y cronología relativa

Al valorar la posible relación existente entre los diferentes sitios ubicados en el área que actualmente ocupa el municipio de Báguano y sus alrededores,

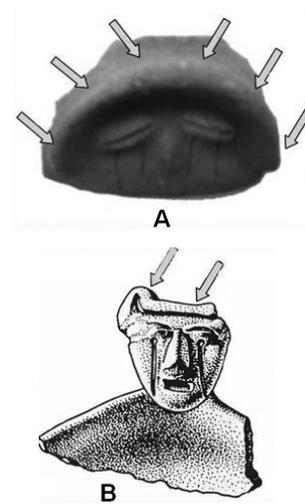
necesitamos analizar los elementos que nos permitan asumir una relación directa entre los yacimientos —Las lomas de Los Mates, La Forestal, Salazar I y II, El Pesquero, Ochile, El Yayal, La Macagua, y los sitios Alcalá, San Jerónimo, Barajagua I y II—, por lo que decidimos realizar una comparación entre los rasgos estilísticos de la cerámica aborigen del grupo agricultor que los habitó, asumiendo los aspectos conceptuales de la propuesta realizada por los investigadores Calvera y Funes (1991).

Como pudimos apreciar en la cerámica de los sitios Loma de Los Mates y San Jerónimo, en la figura del llorador de lluvias hay una presencia constante del típico diseño conocido en la arqueología antillana con la denominación de *grano de café*. Este rasgo presenta una amplia distribución dentro del modelado y tallado de la iconografía aborigen y su presencia en conjuntos arqueológicos ha sido descrita en combinación con otras formas (Jardines y Calvera, 1997), como parece ser esta variante local, que en todas las ocasiones posee la particularidad de que los ojos, en lugar de estar delimitados por un rectángulo, se muestran modelados y aplicados; elemento que también se aprecia en los objetos de los sitios Ochile y El Yayal, por solo citar algunos (fig. 9).

Otra característica que distingue la cerámica de la región baguanense es la representación nasal, que se aparece también modelada y aplicada sobre la superficie que ocupa el rostro, de manera tal que se proyecta hacia el exterior, posibilitando la percepción de las proporciones y la simetría (fig. 10). Como rasgo adicional, podemos mencionar la clara representación de lo que Ortiz definiera como la simbología de la “bóveda celeste” que sería el cintillo que aparece retocando los ros-



Comparación de los rasgos oculares en las asas cerámicas de los sitios cercanos al municipio Báguano. Llorá-lluvias. **A.** Loma de Los Mates (Vera, 1978: 254). **B.** San Jerónimo y **C.** El Yayal (García, 1938: 54). Asas de cerámica. **D** y **F.** El Yayal (García, 1938: 54). **E.** Loma de Los Mates (Vera, 1978: 254)



Imágenes de asas donde se indica el símbolo de la bóveda celeste, típico de los llorá-lluvias, según Fernando Ortiz (1947 a). **A.** San Jerónimo. **B.** Loma de Los Mates (Vera, 1978: 254)

tros llorones, como ha sido constatado en los tiestos y vasijas de cerámica estudiadas (Ortiz, 1947 a) (fig. 10).

A falta de fechados absolutos para los sitios del municipio Báguano, entonces debemos optar por la posibilidad de establecer la relación entre ellos y el resto, o algunos de los sitios de su entorno más cercano, que mantengan o posean los suficientes elementos de similitud como base de comparación: en los patrones de asentamiento, las tradiciones y técnicas de manufactura, entre otros, con los cuales poder implantar una analogía cronológica.

Asumiendo como correcta esta propuesta, entonces los yacimientos estudiados del área baguanense pueden ser enmarcados entre los siglos xi y xiv, teniendo en cuenta los fechados radiocarbónicos obtenidos para las lomas Ochile, la Forestal y el sitio Barajagua I, con toda probabilidad entre 1360 y 980 d.n.e. según los calibrados (2GMA) publicados por Jago Cooper recientemente (Cooper, 2007).

Esta amplitud en la cronología de más de trescientos ochenta años de ocupación en los sitios, así como la magnitud de algunos de ellos, fue descrita en 1991 por Nilecta Castellanos: "(...) el primer asentamiento aborigen en Loma de Los Mates debió producirse ya avanzada la segunda mitad del siglo xv; el cese de dicho asentamiento es muy probable que ocurriera pasada la segunda mitad del

siglo xvi" (Castellanos, 1991 b: 255); opinión no muy alejada de la realidad si tenemos en consideración que fue vertida sin haber dispuesto de los fechados actuales, y además ratificada por los estudios que hizo Valcárcel (1997). Todos estos elementos favorecen, sin lugar a dudas, la extensión del radio de acción de esta comunidad y, de hecho, la posible vinculación directa de los residuarios ubicados en toda el área, como parece confirmarse a partir de los estudios realizados en la zona limítrofe de Banés, donde los elementos utilizados en las ceremonias y los adornos corporales de estos grupos –sitios Aguas Gordas y Chorro de Maíta–, presentan fechas tan tempranas como el siglo xi, remontándose su máxima frecuencia hasta el siglo xv (Valcárcel, 2002).

Desde el punto de vista sociocultural, Castellanos y Pino consideran que las evidencias recuperadas en Loma de Los Mates se corresponden con un subtaíno bastante evolucionado o tardío; estos investigadores exponen que la alfarería parece estar fuertemente influida por rasgos mellacoides (Castellanos y Pino, 1986). Lo que en alguna medida quedaría reforzado por lo que expresó Marcio Veloz (1973) para la República Dominicana: que los grupos mellacoides emplean más las decoraciones zoológicas en la cerámica que la iconografía basada en los ídolos.

Llama poderosamente la atención el hecho particular –constatado por la arqueología para los sitios de la región en estudio– de que la generalidad de las evidencias que estamos analizando desde una perspectiva morfológica y de tradición plástica, presentan figuras tanto zoomorfas como antropomorfas, así como una cantidad significativa de ídolos que cumplen iguales características, las que son muestras evidentes de las transformaciones ideológicas que se operaban en el interior de estas comunidades en Cuba entre los siglos xi-xv.

Lo dicho anteriormente pudiera estar relacionado con un crecimiento económico –motivado por las garantías mínimas que les propiciaban obtener un excedente con el cual cubrir las crecientes necesidades de los grupos– basado en la producción agrícola o de otra índole y la consiguiente reducción de la movilidad –relacionada con el mejor aprovechamiento de un nicho ecológico pródigo en fuentes superficiales de agua y fértiles tierras que les facilitaba el trueque con grupos vecinos para compensar lo ineludible–, todo lo cual motivó que las estructuras sociales aumentaran paulatinamente el nivel de su complejidad, al mismo tiempo que se intensificaban las ceremonias como método para garantizar el control de la conducta social. Aunque no podemos descartar, como ya hemos explicado, que durante un momento de crisis social o ambiental, un fenómeno de esta naturaleza se viese también reforzado, y la población buscara en sus deidades y el culto a ellas la solución o los paliativos a los problemas que los aquejaban.

En este mismo orden, las evidencias nos están indicando la existencia de una tradición cerámica, valorada por la coherencia de sus elementos esenciales y por su núcleo decorativo, que resulta común tanto en el territorio del actual municipio Báguano, como en las áreas circundantes, lo cual parece conferir una base de unidad a esta cerámica a escala regional. Desde esta perspectiva, apreciamos cómo se refuerzan ciertos elementos vinculados a las tradiciones locales, quizás expresados en el relevante uso de indudables símbolos de connotación mitológica en la decoración cerámica.

Para los sitios analizados en este ensayo son pocas las consideraciones emitidas en sentido global, pues los estudios hasta la fecha se han centrado en aspectos muy particulares, como lo han sido las seriaciones cerámicas y los objetos del período de contacto indo-

hispanico entre otros; en la generalidad de estos se afirma que pueden adscribirse al grupo cultural subtaíno, con una antigüedad entre 930 y 1785 de nuestra era como se puede apreciar, considerando los fechados absolutos de los yacimientos que constituyen el entorno más cercano al municipio Báguano (fig. 11).

En este sentido, autores como Felipe Pichardo y Marcio Veloz, desde la década de los cincuenta de la pasada centuria, han cuestionado la denominación de subtaínos propuesta por Rouse (1942), ya bastante en desuso (Pichardo, 1949 y Veloz, 1991); por tanto, consideramos que los sitios estudiados son representativos de las comunidades agricultoras del tronco lingüístico arauaco –como expusimos al inicio de nuestra disertación– vinculadas a los patrones del área cultural amazónica (Moreira, 1999), las que deben haber arribado a nuestro archipiélago entre el siglo ix y principios del xvi.

Sitios	Fechado C ₁₄	
	AP	d.n.e
Esterito	500 ± 100	1 450
	550 ± 150	1 400
Barajagua I	590 ± 100	1 360
Loma de la Campana	490 ± 45	1 460
	600 ± 55	1 350
Aguas Gordas	165 ± 60	1 785
	1 000 ± 105	950
Potrero de El Mango	620 ± 30	1 330
	810 ± 80	1 140
Loma de Ochile	620 ± 30	1 330
	880 ± 40	1 070
Loma la Forestal	970 ± 100	980

Fechados absolutos de los yacimientos que constituyen el entorno cercano al municipio Báguano (Cooper, 2007)

Ausencia-presencia del agua: un elemento para considerar

No son pocas las evidencias que nos permiten sostener que las imágenes y diseños de ranas y lloradores de lluvias fueron realizados para cumplir con la función de asegurar la sostenibilidad y renovación del agua y sus fuentes de abasto, elemento indispensable en la vida de estas comunidades. Tengamos presente

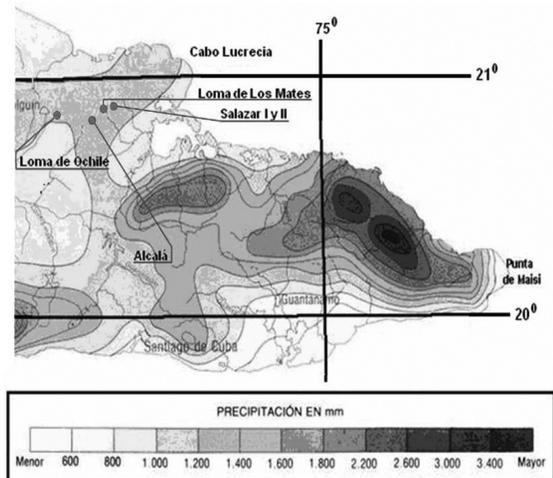
que el uso y empleo del agua para estos grupos, tenía una gran significación, que trascendía las actividades vinculadas estrictamente con el acto de beber y el desarrollo de la agricultura.

Acudiendo al análisis de los registros históricos del régimen de lluvias, para efectuar la evaluación de una posible crisis hidráulica que motivara la proliferación o la marcada devoción hacia el ente pluvigéno, hemos podido definir que el sitio Loma de Los Mates se puede ubicar entre las isoyetas de los 800 y 1 000 mm de precipitaciones al año, con un pico de mínima en la temporada de seca (noviembre-abril) superior a los 400 mm; por su parte, el sitio Loma de Ochile se ubica entre las isoyetas de los 1 200 y los 1 400 mm anuales, con un pico mínimo de 600 mm; estos datos ponen en duda el posible déficit de lluvias en la región, lo que hubiera afectado el buen desarrollo de las actividades agrícolas.

Las últimas investigaciones relacionadas con el paleorégimen pluviométrico y los registros paleoclimáticos, han permitido asegurar que no solo las temperaturas, sino también las precipitaciones medias anuales disminuyeron en todo el archipiélago cubano durante los siglos xv al xvii, fenómeno que se hizo sentir con mucha mayor intensidad en la región oriental en comparación con la occidental (Celeiro, 1999) (fig. 12).

Resultados similares se han obtenido al analizar las posibles relaciones del régimen de lluvias y la fertilidad de los suelos en la cosmovisión de los grupos que poblaron la cuenca del río Contramaestre y, en particular, el sitio Ventas de Casanova (Gutiérrez *et al.*, 2009) o para intentar establecer la norma cultural que emplearon los habitantes del extremo oriental del país para garantizar la vinculación entre las estaciones con dibujos rupestres y las fuentes de abasto de agua (Fernández *et al.*, 2009 b).

Este cambio climático al que nos referimos se desarrolló hace aproximadamente unos seiscientos años, cuando el mundo se encontraba bajo la influencia de la denominada en el continente europeo "Pequeña Edad de Hielo", y por supuesto Cuba no estaba ajena a esta situación climática extrema, que se caracterizó por un período bastante largo de mucho frío en Eurasia y Norteamérica, lo que repercutió en nuestro país con una mayor incidencia de los frentes fríos prolongados y las altas presiones de origen continental, que motivó una disminución sensible de las temperaturas medias anuales, al mismo tiempo que los valores ge-



Mapa de la precipitación media anual de la región de Báguano a partir del *Mapa de precipitaciones del archipiélago Cubano* e isoyetas pluviométricas reelaboradas a partir de Gagua, Zarembo e Izquierdo (1989: VI) e Izquierdo (1989: VI) en el *Nuevo Atlas Nacional de Cuba*

nerales de las precipitaciones también disminuían debido a las fuertes corrientes de aire frío que emigraban desde las latitudes superiores del continente.

En este momento no es ocioso recordar que los cultígenos por excelencia consumidos por estas poblaciones, como los frijoles, el maíz, la yuca y el boniato, aun cuando pueden ser sembrados durante todo el año –a excepción de los frijoles que solo se cosechan de septiembre a enero– tienen un período de siembra óptima muy reducido entre los meses de octubre a enero y hasta abril el maíz. Actividad que se realiza, como hemos podido apreciar, durante la temporada de seca, solo que ya para esa fecha las tierras fueron debidamente regadas y trabajadas durante la época de lluvia, donde, además, los temidos huracanes –se producen desde junio a noviembre–, juegan un papel muy importante para la compensación del posible déficit de precipitaciones en el tiempo adecuado.

Si el clima se comportó como parecen indicar los datos mostrados, es probable que las simientes no germinaran con la abundancia necesaria y que, además, los cultivos reaccionaran ante la disminución y/o ausencia del preciado líquido en el período indicado de formación y crecimiento, con una contracción de la talla y la cantidad de los productos agrícolas, léase frutos, semillas, tubérculos y raíces. Así que el tamaño y rendimiento de las cosechas debieron menguar

sensiblemente. Máxime cuando la disminución o ausencia de los huracanes debió infundirles mucho más pesar que su presencia, asumiendo que la permanente influencia de las altas presiones y de las grandes masas de aire seco y frío continentales imposibilitaban la creación o formación de tan “necesario” evento atmosférico.

Finalmente, tenemos que aceptar la posibilidad real de que un fenómeno social como el que estamos estudiando, estuviese vinculado con un prolongado período de crisis climática y ambiental, totalmente adverso para el buen desarrollo de las actividades de

subsistencia, como la agricultura y la pesca fluvial y marítima, que no debió encontrar respuestas claras en los pobladores arauacos de la región baguanense, por tanto, es prudente considerar la tendencia a buscar las soluciones desde una perspectiva mágico-religiosa, lo que favoreció la dispersión y el afianzamiento del culto a las deidades –el llorador de lluvias, la rana y finalmente las muñequitas– y donde las ceremonias desempeñaron un papel destacado como parecen indicar las evidencias arqueológicas estudiadas.

BIBLIOGRAFÍA

ARROM, J. J. (1975): *Mitología y arte prehispanicas de Las Antillas*, Editorial Siglo XXI, D. F., México.

_____ (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios. Fray Ramón Pané*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.

CALVERA, J. y R. FUNES (1991): “Método para asignar pictografías a un grupo cultural”, *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, Editorial Academia, La Habana.

CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS (1912): *Historia de Las Indias*, Ediciones M. Aguilar, Madrid.

CASTELLANOS N. y M. PINO (1986): “Arqueología del norte de Holguín y La Tunas. Cuba”, Fondos del Departamento de Arqueología, Instituto Cubano de Antropología, La Habana (inédito).

CASTELLANOS N. (1991 a): “Estudio del sitio arqueológico Loma de la Forestal, Holguín”, *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, Editorial Academia, La Habana.

_____ (1991 b): “Objetos metálicos de origen europeo en el sitio Loma de Los Mates”, *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, Editorial Academia, La Habana.

CELEIRO, M. (1999): “Oscilaciones de las temperaturas del aire y de las precipitaciones desde el pasado histórico en Cuba”, Instituto de Geografía Tropical, La Habana (inédito).

COLÓN, C. (1961): *Diario de navegación*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana.

COOPER, J. (2007): “Registro nacional de Arqueología aborígen de Cuba: una discusión de métodos y prácticas”, *El Caribe Arqueológico*, año 10, no. 10, Santiago de Cuba.

COSCULLUELA, J. A. y M. E. COSCULLUELA (1947): *Prehistoria documentada de Cuba y Haití*, Editorial Lex, La Habana.

DACAL, R. (1972): “Notas sobre las figurinas aruacas de la prehistoria cubana”, *Revista Universidad de La Habana*, nos. 196–197, La Habana.

FERNÁNDEZ, R. y J. GONZÁLEZ (2001 a): *El enigma de los petroglifos aborígenes de Cuba y el Caribe Insular*, Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana.

_____ (2001 b): “Dos personajes mitológicos en los petroglifos de la caverna de Patana, Maisí, Guantánamo, Cuba”, *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, año XXVIII, no. 29, República Dominicana.

_____ (2003): “El mito del sol y la luna en el arte rupestre de las cuevas de Cuba”, *El Caribe Arqueológico*, no. 7, Santiago de Cuba.

FERNÁNDEZ, R., J. GONZÁLEZ y D. GUTIÉRREZ (2009 a): “El dibujo rupestre como clave semántica de la mitología aborígen en las cuevas de Cuba”, *UNAY RUNA*, no. 8, Instituto Cultural Runa, Lima.

FERNÁNDEZ, R., D. GUTIÉRREZ y J. GONZÁLEZ (2009 b): “Por la ruta del agua en la Punta de Maisí, Guantánamo, Cuba. Un estudio de funcionalidad en el arte rupestre”, *Sociedades de Paisajes Áridos y Semiáridos*, año I, vol. I, Río Cuarto.

FERNÁNDEZ, R. y J. CUZA (2010): “Opiyelguobirán y Maquetaurie Guayaba. Nueva propuesta de interpretación”, *Cuba Arqueológica*, año III, no. 2, julio-diciembre. También en <http://cubaarqueologica.org/index.php?q=node/317>

GAGUA, G., S. ZAREMBO y A. IZQUIERDO (1989): “Mapa de precipitación media anual 1931-72, escala 1: 200 000”, *Nuevo Atlas Nacional de Cuba*, Instituto de Geografía e Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía.

GARCÍA, J. A. (1938): “Asiento Yayal”, *Revista de Arqueología*, época I, año I, no. I, La Habana.

_____ (1939): "Asiento de Ochile", *Revista de Arqueología*, época I, año I, no. 3, La Habana.

_____ (1940): "Asiento Pesquero", *Revista de Arqueología*, época I, año II, no. 4, La Habana.

GARCÍA, M. A. (1989): *El murciélago en la mitología y el arte taíno*, Turner Libros S. A., Madrid.

GODO, P. P. y M. CELAYA (1989): "Expresiones mitológicas en los burenes de Cuba", *Anuario de Arqueología 1988*, Editorial Academia, La Habana.

GUARCH, J. M. y A. QUEREJETA (1992): *Mitología aborigen de Cuba. Deidades y personajes*, Publicigraf, La Habana.

GUTIÉRREZ D., R. FERNÁNDEZ y J. GONZÁLEZ (2009): "El petroglifo del Maffo. Un enfoque preliminar a su historia y funcionalidad", *Gabinete de Arqueología*, año 7, no. 7, Ediciones Boloña, La Habana.

IZQUIERDO, A. (1989): "Mapa de precipitación media anual 1964-83, escala 1: 20 000", *Nuevo Atlas Nacional de Cuba*, Instituto de Geografía e Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía.

JARDINES, J. E. y J. J. GUARCH (1996): "Región arqueológica de Holguín", *El Caribe Arqueológico*, no. 1, Santiago de Cuba.

JARDINES, J. E. y J. CALVERA (1997): "Estudio técnico-estilístico de objetos arqueológicos de carácter superestructural de los aborígenes agroceramistas de Las Antillas", *El Caribe Arqueológico*, año 2, no. 2, Santiago de Cuba.

JIMÉNEZ, A. (1981): "Mitos taínos. Transformación de niños en tonas o animales a manera de ranas", *Suplemento Listín Diario*, 5 de diciembre, Santo Domingo.

MORALES, D., R. FERNÁNDEZ y L. TORRES (2011): "Una visión de la utilización y significación aborigen del recurso agua, en el actual municipio de Báguano, Holguín, Cuba", en *Báguano. Reclamo de una comunidad*. Compilado por Pablo Rodríguez Ruiz. Editorial Instituto Cubano de Antropología, La Habana.

MOREIRA, L. (1999): *La sociedad comunitaria de Cuba*, Editorial Félix Varela, La Habana.

_____ (2003): ¿Hubo cacicazgos en la mayor de Las Antillas?, *Catauro. Revista Cubana de Antropología*, año 5, no 8, Fundación Fernando Ortiz.

ORTIZ, F. (1947 a): "El dios 'llora-lluvia' de los indios cubanos", *Bohemia*, año 39, no. 28, La Habana.

_____ (1947 b): *El huracán, su mitología y sus símbolos*. Siglo XXI Editores, D. F. México.

_____ (2008): *La Virgen de la Caridad del Cobre. Historia y etnografía*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana.

PICHARDO, F. (1949): *Cuba precolombina*, Editorial Librería Selecta, La Habana.

ROUSE, I. (1942): "Archaeology in the Maniabón Hills, Cuba", in *Anthropology*, no. 26, Yale University Publication, New Haven, USA.

VALCÁRCEL, R. (1997): "Introducción a la arqueología del contacto indohispánico en la provincia de Holguín, Cuba", *El Caribe Arqueológico*, no. 2., Santiago de Cuba.

_____ (2000): "Seres de barro. Un espacio simbólico femenino", *El Caribe Arqueológico*, no. 4., Santiago de Cuba.

_____ (2002): *Banes precolombino. La ocupación agrícola*, Ediciones Holguín, Holguín.

_____ (2003): "Barro, mujer y espacio simbólico", *Ícónica Antiquitas*, Universidad de Tolima-Colombia, vol. 1, no. 2, Tolima, Colombia.

VELOZ, M. (1991): *Panorama histórico del Caribe precolombino*, Ed. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

VELOZ, M., E. ORTEGA y A. CABA (1973): *Los modos de vida mellacoides y sus posibles orígenes*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.

VERA, M. (1978): "Asas aborígenes de la tradición alfarera de Cuba", *Cuba Arqueológica*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

ZAYAS, A. (1931): *Lexicografía antillana*, t. I y II, Editorial Tipos-Molinos y Cia, La Habana.